

VENERACIÓN DE MARÍA INMACULADA POR LA SIERVA DE DIOS MADRE MERCEDES DE JESÚS, MONJA CONCEPCIONISTA DE ALCÁZAR DE SAN JUAN

«La oblación, por amor, que hacemos de nuestro ser a María Inmaculada, es la que nos introduce en el misterio de su santidad original y, por ello, nos impulsa hacia su veneración e imitación. Oblación y Misterio que quedan enclavados en el centro mismo de nuestra consagración monástica y es nuestra razón de ser.

María Santísima, en el privilegio de su Concepción sin mancha, se nos presenta como la única criatura en la que Dios salvó la santidad de su primigenio pensamiento creador sobre el hombre, y como la perfecta Cristiana que logró mediante la cooperación a la redención de su Hijo, llevar este designio divino a la realización más plena.

La transformación en Cristo por intercesión de María Inmaculada, ha de informar toda nuestra existencia y toda nuestra vida espiritual, y darnos una fisonomía propia mariana. Si de este soberano misterio tomamos nuestra denominación y nos llamamos Monjas de la Orden de la Inmaculada Concepción, este nombre ha de ser expresión externa de lo que somos interiormente.

La imitación de las actitudes marianas de docilidad, entrega y donación humilde y amorosa en las manos de Dios abrirá camino en nuestra alma a las manos inmaculadas de María para que, a influjo de su santidad e intercesión, ella pueda prepararnos para que el Espíritu Santo descubra en nosotras sus rasgos divinos y nos haga ser almas concepcionistas puras, con los rasgos vivos de María; almas blandas y amorosamente entregadas a la acción santificadora del Espíritu, como lo fue ella» (Estatutos II, art. 32 y 34).

La búsqueda de Dios a la que nos impulsa nuestra vocación monástica y que vimos reflejada en el capítulo anterior de la clausura, alcanza en éste su cumbre, la realización máxima de todos los anhelos de la concepcionista. Que es el encuentro o unión con el Dios amado por intercesión de María y con el alma ya marianizada, como nuestra Fundadora, y como premio de esta nueva escalada al Monte de la Concepción.

Recordemos, hermanas queridas, que finalizábamos el capítulo anterior dejando a la Esposa santa del Cantar celebrando el encuentro con su Amado: «lo abracé y no lo soltaré», decía allí, y en este capítulo concluye: «hasta que lo haya introducido en la casa de mi madre, en la alcoba de la que me engendró» (Cant 3,4). Es decir, que, si hemos logrado antes encontrar al Amado por medio de las virtudes cristianas y monásticas, ahora el Espíritu Santo nos dice que no queramos poseerle o disfrutar su amor, si no es dentro de la «casa de nuestra madre», dentro de «la alcoba de la que nos engendró», que, por estar hablando en sentido espiritual como siempre hace este Cántico, es en la habitación de la que nos engendró para Cristo, que es decir muy unidas a la santidad y pureza de María Inmaculada nuestra Madre. ¿No recordáis que la Iglesia, en la oración litúrgica de su fiesta reza así: «¡Oh, Dios, que por la Concepción Inmaculada de la Virgen María, preparaste digna morada a tu Hijo...!», y en la liturgia de Navidad canta el Nacimiento de Cristo nuestro Esposo proclamando que nació de María como el Esposo sale de su *alcoba*?

Sí, hermanas, María es, por tanto, casa, morada o habitación de Dios, y en este sentido es como podemos estar en ella, si estamos en Dios. Es, además, nuestra Madre, no sólo porque es Madre de la Iglesia, sino también en fuerza de nuestra vocación específica, porque ella es la Fuente de nuestra espiritualidad monástica que tanto marca nuestra vida y personalidad.

Y tanto es así, que la concepcionista no se puede santificar si no es viviendo con María el misterio de su santidad original, su pureza inmaculada. ¿Verdad que no se puede pensar en una concepcionista sin volver los ojos y el pensamiento hacia María Inmaculada? Sí, hermanas queridas, como monjas, nuestra vocación es la búsqueda de Dios y su encuentro, y como concepcionistas es lograrla imitando las virtudes de María, su santidad y amor.

He dicho, sí, imitando la santidad de María, que es la que nos hace participar su espíritu, su pureza, porque, como digo, nuestra oblación nos lleva a vivirla a ella, vivir el misterio de su santidad original, libre del pecado, ajena a la violencia, al egoísmo, a la soberbia. Es vivir su humildad, su obediencia, su dependencia y amor y entrega al Padre. Todo lo que ella es. Vivirlo desde nuestra limitación humana ayudadas por la gracia, para así lograr la lejanía del pecado y la posesión del Amado pareciéndonos a María. Con un alma y un corazón que a Cristo le recuerde a su Madre, sus rasgos, su santidad. Como lo consiguió nuestra Madre santa Beatriz de Silva. Que esto es lo que quiere decirnos el Espíritu Santo, insisto, al poner en labios de la Esposa la frase que venimos comentando: «no lo he de soltar hasta que lo haya introducido en la casa de mi madre».

¡Oh, hermanas!, éste ha de ser nuestro anhelo ferviente, porque es la cima de nuestra vocación. Lograrlo ha de constituir nuestro trabajo y nuestro descanso, nuestro esfuerzo y nuestra paz. Porque introducir al Amado en la casa de nuestra Madre María, supone parecernos antes a ella. Haber hecho del alma de María y de su santidad nuestro objetivo para crecer espiritualmente en la imitación de su Hijo. Y desde donde amamos al Padre, como «hijas», que participan con María lo que ella misma es y tiene de parecido con su Hijo. Que participan su «casa»: su alma, su santidad, y quieren participar también su mismo Hijo.

Se nos hace, pues, necesario, hermanas queridas, reflexionar intensamente sobre ella, conocer a fondo a María, a nuestra Madre, para mejor imitarla, y así cooperar con la gracia a descubrir los rasgos marianos que llevamos impresos desde nuestro bautismo.

Lo digo en el sentido que nuestro Santo Padre Juan Pablo II lo enuncia en su Carta Apostólica *Mulieris dignitatem*. Permitidme que os inserte parte del n.27: «El Concilio Vaticano II, confirmando la enseñanza de toda la tradición, ha recordado que en la jerarquía de la santidad precisamente la «mujer», María de Nazaret, es «figura» de la Iglesia. Ella «precede» a todos en el camino de la santidad; en su persona la «Iglesia ha alcanzado ya la perfección con la que existe inmaculada y sin mancha» (Ef 5,27). En este sentido se puede decir que la Iglesia es, a la vez, «mariana» y «apostólico-petrina».

La Iglesia, pues, nos dice el Santo Padre, es «mariana» y «petrina». Y como es el bautismo el que nos «incorpora» y nos «hace» ser Iglesia, es en el mismo bautismo donde recibimos esos rasgos o perfiles marianos que la misma Iglesia es.

En los capítulos pasados hemos tratado de reflexionar la propia personalidad que se desprende de María Inmaculada, Monte de santidad. Ahora pues, hermanas, con la gracia de Dios, vamos a tratar de penetrar en la entraña de este Monte que encierra el nuevo Paraíso que Dios nos da a los humanos para que vivamos en él.

Sí, hermanas, nuevo y más perfecto Paraíso. Veréis cómo es así. En el primer Paraíso sabéis que, además de la creación de la pareja Adán y Eva, Dios plantó en medio del jardín, «el árbol de la vida» (Gén 2,9). Pues bien, es lo que hizo Dios en nuestra Madre Inmaculada en el momento de su Concepción. En el mismo instante en que el alma de María se unía a su minúsculo cuerpecito, el Padre plantó en el centro de su ser el Árbol de la Vida, su Verbo divino (Jn 1,1-3), desterrando, con este hecho, la posibilidad de ser alcanzada por la mancha original.

Esto podemos creerlo así, porque el Padre a los «que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo» (Rom 8,29). ¿A quién más que a María conoció, es decir, amó el Padre? Sólo a su Hijo. Es, pues, cierto que, desde el primer momento de su existencia, estuvieron presentes en ella la adorable Trinidad santificándola y haciéndola viva imagen

de su santidad, que es el Hijo. Porque, si el proyecto creador del Padre sobre el hombre fue y es hacernos «conformes a la imagen de su Hijo» (Rom 8,29) pues para esto nos creó y nos predestinó, si el Padre salvaba en María este proyecto creador, es claro que estuvo presente desde el primer instante de su existencia esta imagen de la santidad divina, que, a la vez, «es la vida de los hombres» (Jn 1,4). Por ello bien podemos decir, alegóricamente, que el Padre plantó en el centro del ser de María el Árbol de la Vida del ser humano, su Verbo. Por eso, cuando quiso llegar el pecado a ella, como descendiente del prevaricador Adán, no pudo entrar, porque ocupaba toda su alma esta luminosa y radiante santidad del Padre y del Espíritu Santo, que es su Verbo e Imagen divina, dando vida, vida santísima de Dios, a María, que la llenó de gracia, *Gratia plena* (Lc 1,28).

Así se puso en marcha, en este nuevo Paraíso, la nueva creación. Y si en el primer Paraíso aparece primero el hombre, en éste aparece primero la Mujer, pero irradiando, o mejor, llevando dentro de ella, al Hombre divino, nuevo Adán, aso ciada a él, y para llevarnos a él, como Madre de los verdaderos vivientes en Cristo.

Entenderéis muy fácilmente por qué he dicho que esta nueva creación y este nuevo Paraíso es mejor que el primero. En primer lugar, porque aquí se desbordó el amor de Dios sobre el hombre hasta lo inaudito. Creo que lo hemos recordado ya. Si Dios nos creó en el primer Paraíso con amor inmenso dándonos vida con su mismo aliento (Gén 2,7), ahora, en esta nueva creación nos da la vida con su misma sangre, con su vida, perdiéndola por nosotros.

Ésta es la fuerza que hace que sea mejor la nueva creación: la presencia de su Iniciador, el Verbo de Dios encarnado y su Redención dolorosa, que hizo posible la Concepción Inmaculada de María, que supone la salvación del proyecto creador de Dios sobre el hombre en ella, y la restauración de ese mismo proyecto en toda la humanidad. Pues para esto surgió el nuevo Adán, para redimir.

Y aquí vemos, hermanas, la diferencia que hay entre la pareja del primer Paraíso y la del nuevo Adán y la nueva Eva. El primer Adán y la primera Eva, en rebelión contra Dios, estropearon el proyecto del Padre y sembraron el mundo de infortunios y de pecado. El nuevo Adán y la nueva Eva, con su obediencia, humildad y cooperación al plan del Padre, rehicieron el proyecto creador sobre la humanidad. Estas características, pues, tuvieron el nuevo Adán y la nueva Eva: vinculación esencial con el Padre y amorosa fidelidad a su designio divino. ¡Hermanas! esta gracia divina marcó la existencia de María desde su Concepción y a lo largo de toda su vida, y debe marcar la nuestra.

Y porque la marcó la vemos en rebelión frontal contra el pecado, no sólo porque está libre de él, sino porque va contra él, iniciando ella la fila de los que quieren luchar contra el mismo y contra toda violencia. Así nos la presenta la Biblia: avanzando contra el mal «cual aurora, bella como la luna, distinguida como el sol, imponente como ejército formado» (Cant 6,10).

Y así nos la presenta el Evangelio, asociada y siguiendo al Hijo con esta fuerza. Si el Hijo, nuevo Adán, muere para quitar el pecado del mundo (Jn 1,29), María, nueva Eva, ofrece al Hijo y al Padre su maternidad sufriente, oblativa (Lc 2,35), no sólo durante los años de evangelización y de la muerte del Hijo, sino desde Belén. Ya lo veremos más adelante.

¡Hermanas! Éste es el Monte santo de la Concepción. Éste es el nuevo Paraíso, el nuevo Adán y la nueva Eva que el Padre nos da para que, siguiéndoles y asumiendo el esfuerzo que ello supone, recuperemos nuestra imagen y semejanza con Dios, la liberación de toda violencia, desorden y pecado.

¿Podemos imaginarnos el gozo del Padre al contemplar en María redimida por preservación su proyecto creador salvado, y que por ello la imagen de su Hijo volvía a ser la rectora de la vida del hombre sobre la tierra? ¿Podemos pensar lo que esto suponía para él, para un Padre tan amante de los hombres que él había creado? Y más, cuando veía esta nueva creación en marcha definitiva, con plena garantía de permanencia y de salvación, pues que, además del nuevo Adán, que le daba seguridad eterna con su vida, estaba también la nueva Eva, Virgen fiel, que asumía en su ser la

fuerza activa de la redención, y, como Madre de los hijos de su «Descendencia» bendita, los llevaría al «Vencedor» de la serpiente, y les ayudaría a ser fieles al tan acariciado proyecto creacional suyo (del Padre), que había sido tan conculcado por el hombre. ¡Ciertamente Dios descansó en María concebida sin pecado! Hizo descansar en ella su amor creacional, como Madre del Redentor y también como Madre de los redimidos, efectuándose así el séptimo día de la nueva creación, más feliz que el de la primera (Gén 2,2a). Por eso, la Iglesia, Esposa de Cristo, llena de este gozo del Padre, pone en labios de María su Madre el siguiente texto bíblico, que nos evoca el Paraíso renovado:

«Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y no cesaré jamás. En la santa morada, en su presencia ofrecí culto y en Sión me establecí; en la ciudad escogida me hizo descansar... Eché raíces en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad y resido en la congregación plena de los santos. Crecí como cedro del Líbano... crecí como palmera de Engadí y como rosal de Jericó... Perfumé como cinamomo y espliego y di aroma como mirra exquisita, como incienso y ámbar y bálsamo, como perfume de incienso en el santuario. Como terebinto extendí mis ramas, un ramaje bello y frondoso; como vid hermosa retoñé: mis flores y frutos son bellos y abundantes. Yo soy la madre del amor puro, del temor, del conocimiento y de la esperanza santa. En mí está toda gracia de camino y de verdad, en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid a mí los que me amáis, y saciaos de mis frutos; mi nombre es más dulce que la miel, y mi herencia, mejor que los panales. El que me come tendrá más hambre, el que me bebe tendrá más sed; el que me escucha no fracasará, el que me pone en práctica no pecará; el que me honra poseerá la vida eterna» (Eclo 24,9-22).

Sí, hermanas, en María está toda gracia de camino y de verdad, de vida y de virtud, porque ella es el seno fecundo que dio vida a nuestro Redentor, Vida, Verdad y Camino nuestro y expresión fiel de la santidad del Padre. Ella es la Madre del amor puro, del temor, del conocimiento y de la esperanza santa, de la ciencia de la nueva creación. Es la vid llena de frutos bellos y abundantes, el terebinto que extiende sus ramas bellas y frondosas, llenas de todas las virtudes, porque es el Paraíso que nos ha dado Dios para que sea nuestra «morada» y así seamos «morada» de Dios; nuestra «casa» para que seamos mejor «casa» de Dios; nuestra Madre, que nos enseña a ser mejores «hijas» de Dios. Sí, hermanas, que nos «cobije» y nos enseñe a conocer y amar a Dios, y nos lleve a él. Que por eso ha dicho la Esposa en el Cantar, que no soltará al Amado hasta que lo haya introducido en la casa de su madre.

Por esto, porque esto es así en el proceso de nuestra santificación y encuentro o posesión del Amado, veamos, como concepcionistas, los rasgos más fundamentales de su alma santísima, de su santidad, para imitarlos, para que se efectúe, con María, el encuentro o la unión con nuestro Dios amado.

Veamos los tres rasgos que más destacaron en su vida y que forjaron su grandiosa santidad.

- 1.º «Esclava» de Yahvé, en su característica: «vuelta al Padre».
- 2.º Perfecta Cristiana, en la vivencia de seguidora de su Hijo.
- 3.º Receptáculo del Espíritu o perfecta contemplativa.

Comenzamos por la primera:

«Esclava» de Yahvé

Sin duda, y por lo que hemos contemplado antes, los rasgos más fundamentales de la santidad personal de María, además de su amor a Dios y de su pureza inmaculada, son la humildad y la obediencia, la total entrega en las manos del Padre, como su Hijo. ¿Cómo iba a ser de otro modo la que había sido hecha desde el primer instante de su existencia humana, viva y pura imagen del que

había de ser su Hijo? ¿Cómo no lo iba a ser, si fueron estas dos virtudes o actitudes las que Jesús vivió desde el momento de su descenso del Padre al seno de María? San Pablo así nos lo repite: «el cual, teniendo la naturaleza gloriosa de Dios, no consideró como codiciable tesoro el mantenerse igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo... y en su condición de hombre se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte» (Flp 2,6-8).

¿Cómo, pues, no iba a ser así María, repito, si ella recibía no sólo del Padre y del Espíritu, sino también de su Hijo todo lo que era? Sí, las virtudes o pilares más fundamentales que convenían a los que iban a ser el nuevo Adán y la nueva Eva siempre pendientes y dependientes del amor y voluntad del Padre que contrarrestarían la desobediencia y la soberbia de los primeros padres Adán y Eva, serían la humildad y la obediencia ante el Padre adorable y su proyecto.

Sí, hermanas, María, desde el momento de su Concepción purísima y durante toda su vida se pareció al Hijo cuya vida, aun como Verbo de Dios, estuvo siempre «vuelta hacia el Padre» (1 Jn 1,1-2). Su Concepción inmaculada fue punto de arranque hacia la perfección consumada de estas dos actitudes o virtudes paradisiacas. Así como habían sido el Padre, el Espíritu y el Verbo de la Vida, su Hijo, quienes habían iniciado su existencia humana, plasmando en ella su imagen y santidad, así Ellos serían la Fuerza viva de su obrar y de su amor. María fue siempre la «vida vuelta hacia el Padre», toda del Padre, llena del Padre, reverberando siempre al Padre y su imagen, como lo fue el Hijo, expandiendo siempre amor y dependencia del Padre.

Estas características tuvo su comportamiento, siempre encendida en el divino amor, humilde y amorosa «Esclava del Señor» (Lc 1,38). Así se definió ella. Siempre pendiente del amor y de la voluntad del Padre. Y siendo esto así, ¿pensamos qué efectos causarían en su corazón tan enamorado de Dios, aun en su infancia, la lectura de la Sagrada Escritura en la que Yahvé decía a su pueblo: «Ama a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»? (Dt 6,5). ¿Cómo resonaría en su corazón este mandato divino, pues que también para ella estaba dicho, ya que era miembro del pueblo de Dios? ¿Se puede pensar, acaso, en más perfecta oyente de la Palabra divina? ¡No! Por ello ¿cómo haría vibrar la Palabra de Dios ese corazón y esa alma tan llena de gracias divinas, que impulsarían, a su vez, esa fuerte tendencia hacia el Dios que tan portentosamente le había creado, escogido y amado? ¿Cómo resonarían, qué llamaradas de amor levantarían en ella, que estaba sin pecado, y que, por tanto, nada había en ella que le tírase hacia abajo, hacia la tierra, y sí mucho que la impulsase irresistiblemente hacia su Dios?

¡Oh!, sólo Dios ha podido medir la intensidad y la pureza del amor de María hacia él. ¡Qué mociones divinas en su alma y qué impulsos de entrega a Él cuando leyese: «Teme a Yahvé, tu Dios, sírvele, vive *unido* a él... Él es tu gloria y tu Dios, que ha hecho por ti cosas grandes...»! (Dt 10,20). Y, ¡qué sentimientos de humildad ante estas otras frases: «Yahvé se fijó en vosotros y os eligió, no por ser el pueblo numeroso entre todos los pueblos, ya que sois el más pequeño de todos. Porque Yahvé os amó y porque ha querido cumplir el juramento hecho a vuestros padres... Reconoce, pues, que Yahvé, tu Dios, es el verdadero Dios, el Dios fiel, que guarda la alianza y la misericordia hasta mil generaciones a los que lo aman y cumplen sus mandamientos» (Dt 7,7-9).

Estas y otras muchas llamadas al amor y a la fidelidad a Yahvé que recoge la Sagrada Escritura, encenderían más y más las ansias de entrega a su Dios amado, y marcarían su espiritualidad de entrega radical: «vida vuelta al Padre», y de humildad. Es fácil que María se acordase del texto arriba transcrito al cantar su «Magníficat». En esta espiritualidad de amor a la llamada divina y de humildad, había ido creciendo su corazón y todo su ser. Y cómo se agigantarían más y más sus ansias de correspondencia al amor divino cuando viera este amor de su Dios tan despreciado por su pueblo. ¿Qué pensaría ella, que tan intenso conocimiento tenía de Dios, cuando sus ojos leyese: «No tentéis a Yahvé, vuestro Dios, como lo hicisteis en Masá» (Dt 6,16)? ¿Qué diría, cuando veía que la respuesta del Pueblo a estos requerimientos amorosos de Dios tan grande y santo era negativa?

Sin duda que la Santísima Virgen, al ver el amor de Dios tan despreciado, y considerándose tan amada por él, tan estrechamente vinculada a él, se sentiría responsable de la respuesta que el Pueblo negaba a su Dios. Se sentiría responsable como miembro que era de este pueblo elegido. A ella también se referían estas llamadas a la fidelidad. Y así, quiso, sin duda, responder a este amor divino en nombre de todo su Pueblo, consagrándose virginalmente a su amor. Entregándose en cuerpo y alma a vivir el amor y la fidelidad que Yahvé pedía a su Pueblo. Sí, sin duda que estas llamadas de amor hicieron florecer en el espíritu de María su tierna y firme decisión de consagrarse sólo a su Dios y desposarse amorosamente con Yahvé para vivir con él el amor que le negaba su Pueblo, y para acercarle mejor a él.

De nuevo, hermanas queridas, qué ejemplo y qué estímulo para nosotras, que queremos hacer del alma, de la santidad y de la espiritualidad de nuestra Madre querida nuestro «prototipo» de santidad; qué ejemplo digo, para que también nosotras nos hagamos como ella, responsables del desamor, de la respuesta negativa que hace a Dios hoy nuestro pueblo, nuestra sociedad. Como María, acojamos en nuestro corazón ese deseo divino de ser amado por el hombre al que Él tanto ama. Amémosle por él, con amor sponsal, pues así nos consagra la Iglesia; entreguémonos generosamente a él en cuerpo y alma como oblación amorosa, y en nombre de nuestros hermanos los hombres, a vivir la fidelidad más comprometida a su amor, como si en nosotras fuese todo el mundo quien amase y sirviese a nuestro Dios. Hagámoslo desde el silencio, desde la fe, como María, y aun en medio de las mayores dificultades y pruebas, como ella.

Porque, ¿qué pensáis, hermanas, que sucedió en la vida de María? Ella tuvo que padecer mucho en su espíritu, sintiendo en él la frialdad del hombre hacia su Dios. Y así tuvo que pasar su «desierto» y vivir la fidelidad, como Corredentora, también en esos días tan grises y oscuros que a veces se presentan, cuando todo nos parece que es absurdo porque se nos esconde la estrella que nos guiaba: la luz divina y su impulso. Miremos, si no, tantos y tantos episodios en su vida, de noche cerrada, en los que tuvo ella que hacer luz con su fe. ¿Cómo iba a hacer crecer, si no, su vinculación con la voluntad de Dios, que la orientaba hacia la corredención?

Mirémosla, por ejemplo, jovencita, contrariada en sus más fuertes aspiraciones. ¿Verdad que os gusta, hermanas queridas, contemplar su alma bendita detenidamente, aun en episodios de su vida que no narra el Evangelio? Contemplémosla, sí, encendida toda ella en amor a Yahvé y consagrada a vivir en cuerpo y alma, en una respuesta virginal, el amor de ese volcán divino que es el del Dios bíblico y Esposo celoso (Dt 6,15) que pide el amor de su Pueblo, como hemos visto. Contemplémosla, como «Esclava» amorosa, viviendo esta donación a su Dios íntegramente, y miremos cómo se le pone delante lo que era obligado en Israel a toda jovencita: contraer matrimonio. ¿Una contradicción? Sin duda, la más fuerte hasta entonces para ella.

No porque el matrimonio fuese cosa mala, no. Sino porque era contrario a la vocación que ella sentía en su interior de virginidad, y que entendía era voluntad de Dios, como después se reveló claramente. Dios la quería virgen íntegramente, en cuerpo y alma, pues que tenía que engendrar y darnos a Dios. Ésta era su misión. Y por eso ella sentía tan fuerte su vocación de virginidad. No llegaría a entender que Dios la quería virgen para ser su Madre, pero lo que sí sentía fuerte era su vocación a la virginidad, como lo atestiguó en la respuesta que dio al Ángel: «no conozco varón».

Por propia experiencia podréis entender un poco, hermanas queridas, esta situación de contradicción que sentiría la Santísima Virgen en su vocación. Vosotras sabéis, cuando se siente fuerte la vocación, hasta dónde se puede llegar si nos encontramos con barreras para realizarla. Incluso se llega a romper relaciones familiares entrañables, se deja casa y patria con tal de seguir la llamada de Dios donde sea y como sea. ¡Tan fuerte es la gracia de la vocación! Pues si esto ocurre en nosotras, pecadoras, ¿qué impulsos de fidelidad y de entrega a su Dios en virginidad no sentiría ella, que era el candor virginal en persona, el amor más puro y encendido, la santidad y pureza más

acabada, la vida más radicalmente donada al Padre, y todo esto desde una conciencia de vocación a la virginidad?

Sin duda que esto supuso una prueba a su amor, pero que ella, como siempre, supo afrontar con serenidad, con paz, con plena confianza en el Dios que sabía que le amaba y que le había elegido para Sí. En el Dios que se complacía en probar su amor y fidelidad. Y, ciertamente, Dios la sacó de la prueba. Pero hasta que Dios le puso delante al varón elegido y preparado por él para confiarle tan soberanos misterios, ¡cuánta fe, cuánta confianza tuvo que derrochar en su corazón!; aun sin ver nada, tuvo que creer en su vocación y en su Dios. Y cuando Dios lo creyó oportuno, que, como siempre, sería cuando ya se tocaba el límite de la prueba, Yahvé hizo que en san José bendito María encontrase el sosiego y la respuesta divina que esperaba: la guarda y defensa de su virginidad.

¡Con qué ternura y candor virginal acogería y amaría a san José bendito la dulcísima y humilde María al ver en él aceptada, confirmada y asegurada por Dios su vocación a la virginidad! ¡Qué gozo para ambos elegidos de Dios entonces. Sobre todo para María, la amada del Señor, que se entregó con nuevo ardor a vivir su vocación virginal.

Nos da luz sobre ello, y entramos de nuevo en otro momento de sobresalto en la vida de María, la pregunta que ella formula al Ángel al anunciársele la Encarnación del Verbo: «¿Cómo será esto, pues no conozco varón?» (Lc 1,34). ¿Cómo será esto, si Dios me ha confirmado que me quiere virgen al haberme dado por esposo a José, guardián celestial de mi virginidad? ¿Cómo va a ser que Dios me pida ahora otra cosa? ¿Cómo, si mi Dios no puede cambiar? Y sólo cuando se le anuncia cómo ha de ser la concepción del Hijo del Altísimo en su seno, acepta. Sólo cuando se le confirma su propósito virginal entiende que ése es su verdadero Dios, porque es cuando se establece de nuevo la continuidad de donación virginal a su Dios. Pero estudiemos, hermanas, más despacio, la personalidad virginal de María y su espíritu de «Esclava del Señor» que ella nos quiere transmitir y que produjeron en su ser la floración de virtudes que hemos de imitar si queremos hacer de ella nuestra «casa», la «casa» que nos enseña a ser habitación de Dios. Sólo su donación pudo darle la santidad personal consumada que admiramos en ella, porque sólo la fidelidad al designio inquebrantable de Dios sobre cada persona puede llevarnos a la plenitud de ser Dios en nosotras. Veamos.

Si María al anunciársele su gran maternidad hubiese tenido en menos su virginidad que el hecho de ser Madre del Mesías, habría pecado de soberbia, como fruto de su infidelidad a su vocación. Se habría repetido el episodio del Paraíso, no porque se le propusiera ser como Dios, sino porque se le proponía ser Madre de Dios. Pero no. María no es Eva. Y así, ni los honores ni la grandeza de dar ella a su pueblo, tan humillado, el Mesías deseado pudieron derribar su propósito virginal, porque su espíritu de Esclava del Señor no le permitió ser infiel.

El Ángel le había dicho: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Será grande y llamado Hijo del Altísimo; el Señor le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (Lc 1,30-33). ¿Qué más se le podía ofrecer?

Pero no, repito. María no se deja atrapar por estas grandezas. La nueva Eva sólo atendió a la gracia de elección divina que tenía en su conciencia desde el momento que tuvo conocimiento de Dios en su Concepción inmaculada. Elección que comprometía todo su ser, alma y cuerpo, a ser enteramente del Padre, ella lo sabía, y lo había asumido en su corazón con la entrega más radical.

Y, consecuentemente, aquí la tenemos en toda la grandeza de su entrega, fidelidad y santidad. Ciertamente de modo singular, como quien por no tener pecado tenía que abrir la senda de los redimidos por Cristo. Pero no por eso inimitable. No. Porque si asumimos el espíritu que le mantuvo en su oblación en medio de los honores, también nosotras podremos comportarnos como esclavas del Señor en todo acontecimiento de nuestra vida que pretenda separarnos de la fidelidad que debemos al Señor. El ejemplo de nuestra Madre María y la transmisión de su espíritu oblativo nos dará

fuerzas, ¡no lo dudemos!, como se las dio a nuestra Fundadora santa Beatriz. Imitemos, sigamos a María sin miedo a las tendencias desordenadas que nos transmitió Eva y que arbitran nuestros comportamientos. Sin miedo, porque María es más fuerte y nos puede transmitir su espíritu con más fuerza si nos disponemos a ello.

Sí, su espíritu, el que le impulsó a renunciar a la maternidad divina por salvar su fidelidad virginal consagrada a Yahvé. Espíritu que no se ofuscó tampoco con el grandioso saludo del Ángel: «Salve, llena de gracia, el Señor es contigo» (Lc 1,28) para ser infiel, y que, por ello, pudo arrancar gloriosamente la espina de la infidelidad de Eva.

Contemplémoslo; a Eva se le ofreció mentirosamente ser como Dios, y ahí la tenemos, ofuscada, no dudando en asumir la sugerencia y consumir el pecado. En cambio, a María se le saluda «llena de gracia» y aquí la tenemos, se turba en su corazón puro y humilde. No le saca de sí esta alabanza, porque sabe que sólo Dios es santo, sino que se pregunta a qué viene tal saludo (Lc 1,29). ¿A qué venían estas palabras, ciertamente, si ella había leído y recitado repetidas veces con el corazón las siguientes: «¡No a nosotros, Yahvé, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria, por tu bondad, por tu fidelidad!» (Sal 113b,1)? ¿Cómo ella iba a aceptar esas alabanzas sin más?

Y con esto podemos ver, en toda su grandeza, logrado el fruto de su amor y humildad, de su fidelidad al Dios fiel, que inicia la era de la nueva creación consumándose en su seno la Encarnación del Verbo de la Vida, del nuevo Adán, que encontró por ello en María, redimido, el primer Paraíso. La fidelidad de la que ya era su Madre, a los méritos de su Redención, desandaron los pasos que Eva la prevaricadora había dado buscando su propia gloria. María los dio, como hemos visto, en sentido contrario, con certeza, con perfección, con íntegra fidelidad. ¡Oh, fidelidad a la propia vocación que la llevó a sintonizar con Dios en su gran misión de nueva Eva!

Es cierto que María había sido hecha Paraíso de Dios en el instante de su Concepción Inmaculada, porque en el centro de su alma el Padre y el Espíritu habían plantado el Árbol o Verbo de la Vida, su Hijo, como recordamos al principio, es cierto. La gracia se le había dado, sí, pero ella tuvo que cooperar a esa gracia, activamente, firmemente, esforzadamente, dando de lado a honores, incluso espirituales, por ser fiel al Dios de su vocación, que en su conciencia sentía que era virginal.

Y miremos, hermanas mías, cómo en la medida en que la Santísima Virgen se reafirmó en su entrega virginal a Dios renunciando a la gloria de ser Madre del Mesías, acertó más y más con el proyecto del Padre respecto de ella. Se acercó más a él, porque el Plan del Padre era que su Hijo naciese de una Virgen (Is 7,14), pero de una virgen íntegra, en el cuerpo y en el espíritu, virgen demostrada a toda prueba. ¡Oh!, con cuánta razón su entrega virginal a Dios le hizo preguntar «¿cómo será esto, pues no conozco varón?». ¡Con cuánta razón, pues que el Padre, ciertamente, iba por ahí! ¡Era lo que Dios esperaba para coincidir con ella! Y de este modo las dos virginidades purísimas se unieron para hacer Hombre a Dios.

Sí, hermanas, sólo después de esta prueba de amor puro a su Señor, fue cuando el amor puro y virginal de María alcanzó la altura necesaria para unirse al de Dios, y encarnar al Verbo divino en sus entrañas.

Por donde ella pensaba renunciar a ser Madre del Mesías, es por donde demostró su gigantesca capacidad para serlo. Y por eso pudo oír de boca del Ángel la respuesta de Dios a su propósito virginal: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el niño que nazca será santo y llamado Hijo de Dios... Porque nada hay imposible para Dios» (Lc 1,35-37). Al oír esto María, su misma humildad y donación a Dios cerró este forcejeo de amor y fidelidad divina y humana con el sello de su grandiosa identidad: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Palabras dignas de una vida siempre vuelta hacia el Padre, sin polvo de vanidad ni de infidelidad.

Sí, hermanas, sin polvo de vanidad ni de infidelidad. ¡Qué madurez! ¡Qué prueba de equilibrio en su psiquismo dio aquí María, nuestra Madre querida! Por fidelidad a su vocación de ser

la esclava virginal de Yahvé, «vuelta toda hacia él», como la imagen del Verbo divino que daba vida a su alma, pudo llegar a cumplir su gran misión de ser Madre de Dios, nueva Eva, Madre de los vivientes en Cristo, Iniciadora con su Hijo de la nueva creación, Corredentora con él de la humanidad salvada, y todo esto sin polvo de vanidad, sino con el candor y pureza de una niña, con el amor ardiente de un corazón enamorado, con la dulzura de una esclava rendida amorosamente a su Señor.

Así vivió toda su vida María, hermanas. ¡Qué ejemplo para nuestra vocación consagrada! Sí, así vivió, porque así se lo había pedido siempre la gracia de su elección, María había sido creada para pertenecer sólo a Dios. Y de esta gracia había vivido, y en esta gracia, fielmente correspondida, había crecido su santidad, repito. Y aunque ella no descubriera toda la gran misión que de esa gracia emanaba para ella, la vivió fidelísimamente, y así la desarrolló, no la frustró. ¡Qué ejemplo, vuelvo a repetir, para que hagamos nosotras, sus hijas concepcionistas, de la gracia de nuestra elección a ser sólo y todas de Dios, el norte y la brújula de nuestro comportamiento! Que, como ella, en todo acontecimiento aun contradictorio demos ser «vidas enteramente vueltas hacia el Padre», como hijas de la nueva creación, como hijas del espíritu de María.

Y no sé por qué he dicho que, *aun* en los acontecimientos contradictorios, debemos demostrar que estamos «vueltas» siempre hacia el Padre, no lo sé, porque en la vida de la Virgen la contradicción fue una constante. Lo mismo que en Cristo. Y esto nos tiene que hacer pensar muy en serio, porque parece que es el único camino para los que les seguimos a Ellos. A Ellos, que son el nuevo Adán y la nueva Eva, iniciadores, por tanto, de la trayectoria que hemos de recorrer los que somos hijos de la nueva creación. ¿No será que Dios quiere decirnos con ello que la nueva creación estaría marcada por el espíritu redentor de Cristo, y que sólo iremos bien por ella cuando lo asumimos? Pero volvamos a la vida de la Virgen.

Y aquí la tenemos, hecha Madre de Dios, pero aguantando ahora la gran afrenta de aparecer adúltera ante san José. ¡Oh, hermanas! ¿podremos comprender lo que sufriría la Purísima Virgen cuando san José comenzase a notar las señales del embarazo divino en ella? Nueva y durísima prueba para su honestidad, ella, ¡tan pura y tan santa!, que había abogado tan heroicamente por su virginidad, apareciendo ante san José embarazada. Y ya veis, hermanas, cómo el Señor, una vez más, agotó el tiempo de la prueba y del sufrimiento de ambos. Nuevamente la vemos sometida callada y amorosamente a la voluntad providente y amorosa del Padre, rendida a su querer. Sí. ¡Aquí la tenemos como Madre oblativa, dando vida al Redentor en los redimidos, toda «vuelta» amorosa y silenciosamente «hacia el Padre», y esto, hasta que Dios quiso e hizo luz y reveló el misterio!

Y si continuamos reflexionando la vida de María, vemos que continúa igual. No bien habían terminado las dudas de san José sobre ella y después de unos meses de gozo y paz hogareña, comenzaron las penalidades que se les echaron encima en el viaje a Belén. Recordémoslo, hermanas, recordémoslo. Todo cuanto se diga aquí es poco. Ante tanto sufrimiento como supuso para el bendito san José y para la honestísima y santísima Madre verse tan desamparados en momentos tan apretados y angustiosos del divino parto, sólo nos queda ponernos de rodillas y adorar estos pasos redentores de la Madre que encarnaba en su conducta la imagen del Hijo del Padre que llevaba impresa en su alma antes que en sus entrañas.

Y, ¿qué decimos de su huida a Egipto para salvar la vida del Hijo? Qué bien nos hablarían aquí los emigrantes, de las zozobras, angustias y penalidades propias del desarraigo de la patria, en absoluta pobreza y desamparo. Pero la cumbre del sufrimiento la soportó María al pie de la Cruz. Así estaba previsto por el Padre.

¿Qué pasaría por ella cuando vio morir a su Hijo, humanamente fracasado? Es un tema que, por haber sido tratado por diversos autores, es ya muy conocido, pero reflexionémoslo también nosotras aquí para ver la fidelidad de María al Padre. ¿Qué pasaría por ella, repito, viendo tan vilmente tratado el Hijo del que se le había dicho: «Será grande... será llamado Hijo del Altísimo, el

Señor le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin»? (Lc 1,32-33). ¿Qué pasaría por ella viéndole morir en un patíbulo? Porque María había creído en estas palabras según lo atestiguó su prima Isabel al decirle: «Feliz tú que has creído, que se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor» (Lc 1,45). Y las cosas que se le habían dicho de parte del Señor no eran otras que las que arriba hemos indicado: «Será grande...» y lo veía morir ajusticiado entre malhechores. «Será llamado Hijo del Altísimo...» y el Pueblo había pedido su muerte por blasfemo (Mc 14,64). «El Señor le dará el trono de David, su padre...» y, en cambio, estaba muriendo condenado por haberse «querido hacer rey» (Lc 23,2). «Reinará sobre la casa de Jacob por los siglos...» y moría aborrecido de su Pueblo por impostor (Mt 27,63). ¿Qué pasaría por el alma de María ante esta realidad tan cruda, tan amarga, que estaba viviendo?

¿Qué pasaría? Sin duda, que tuvo que echar mano de su fe integérrima, queriendo alumbrar con su luz esta noche horrenda «del poder de las tinieblas» para no hundirse en ellas. Ella, tan firme y fiel en el amor al Padre como quien vivía siempre «vuelta hacia él», no podría dudar de su amor, ni de su Palabra, y, en medio de su mayor angustia, al ver el cielo cerrado también para ella, sin duda que buscó en la Palabra de Dios el sentido de lo que sucedía al Hijo que agonizaba en el mayor desamparo y dolor, y el sentido de su amargura y sufrimiento. Recordó, aun en la negrura de la fe oscurecida por el poder satánico, las palabras de la Escritura: «Despreciado, desecho de la humanidad, hombre de dolores, avezado al sufrimiento, como uno ante el cual se oculta el rostro, era despreciado y desestimado. Con todo, eran nuestros sufrimientos los que llevaba, nuestros dolores los que le pesaban, mientras nosotros le creíamos azotado, herido por Dios y humillado. Ha sido traspasado por nuestros pecados, desecho por nuestras iniquidades; el castigo, precio de nuestra paz, cae sobre él, y a causa de sus llagas hemos sido curados» (Is 53,3-5). Y su fe no le defraudó, logrando vencer con ella «el poder de las tinieblas». Consecuentemente, creyó con firmeza lo que seguía diciendo la divina Palabra: «después de las penas de su alma verá la luz y quedará colmado. Por sus sufrimientos, mi siervo, el justo, justificará a muchos y sus iniquidades cargará sobre sí. Por eso le daré multitudes por herencia, y gente innumerable recibirá como botín» (Is 53,11-12).

Y volvió a recordar las palabras que le había dicho el Ángel: «Será grande... Será llamado Hijo del Altísimo... Reinará sobre la casa de Jacob por los siglos...». Sí, su fe, su confianza y su amor sin fisuras a Yahvé llegaron a alcanzar la luz de Dios y en ella descubrió el sentido que el Padre había dado a las palabras que el Ángel le dijo al revelar el misterio de la humanización de Dios. Y comprendió también la hondura redentora que tenían las que había pronunciado su Hijo en la Cruz: «Padre, perdónales, no saben lo que hacen». «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Entendió el misterio de la redención. Entendió la realeza de Cristo, y que las bendiciones Mesiánicas de Dios llegarían al mundo desde Cristo a través de ella, nueva Eva, corredentora con su Hijo de la nueva humanidad, y Madre de estos hijos nacidos de los dolores, de la sangre y de la muerte del Hijo. ¿Cómo no iba a tener que sufrir también ella?

¡Cuánto promocionó a María el misterio de la Cruz vivido fielmente y cerca del Hijo!, aunque no le fue nada fácil, hermanas queridas, lo comprendemos, porque, aunque fue «llena de gracia» y preservada del pecado, repito, estas gracias se le concedieron para el cumplimiento de la gran misión a que se le destinaba, pero nunca mermaron el mérito de su cooperación libre y activa, esforzada siempre, pues esas gracias tan elevadas le requerían para obrar en todo momento con el elevadísimo nivel de santidad que correspondía a tales dones. Y ya vemos, hermanas, qué momentos y pruebas tan difíciles jalonan su bendita vida.

¡Cuánta fe y confianza en Dios en medio de tantas contradicciones, dificultades, pruebas e infortunios y privaciones! ¡Cuánta confianza y amor, digo, para que, en medio de ellas, María se mantuviese entera en su fidelidad, en su entrega y en su amor al Padre!

Nos lo atestigua también el milagro de las bodas de Caná. Parece que en esta ocasión Jesús desestima su petición, y, en cambio, ella da por hecho el milagro: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5),

dijo a los sirvientes, comprometiendo así a su Hijo a la ejecución del milagro. ¡Se ve claramente que María estaba acostumbrada a remar contracorriente! ¡Fe invencible de María, que impulsó la de los discípulos hacia su Hijo! «Y creyeron en él» (Jn 2,11). ¡Fe fuerte, propia de una vida dura, muy probada, ciertamente, como amiga y muy amiga de Yahvé! ¡Pero fe que hizo y hará crecer a la Iglesia si la vivimos así nosotras, convencidas de que se nos fortalecerá en la prueba, como a María!

¡Oh, hermanas!, ¡éstos son los frutos de una «vida vuelta siempre hacia el Padre», aun en medio de las mayores dificultades!, de una vida que recibió en el momento de su existencia las marcas de su destino redentor, al que respondió con la más exquisita fidelidad a Yahvé su Dios, y a su Hijo. Sí, María vivió rindiendo siempre amorosamente su ser virginal al Padre, sin ninguna vacilación. Y, hecha Madre, rindiendo también, siempre, su ser maternal al Hijo, para su obra redentora. Si al encarnarle en su seno pudo ofrecerle una carne espiritualizada por el amor divino, en todos los momentos que el Hijo la necesitó en su obra salvadora, ella le ofreció una maternidad oblativa, amorosamente entregada a su obra de salvación. ¡Qué bien supo María configurar la imagen divina de su Hijo en su comportamiento! ¡De tal modo que, si el acontecimiento de la Encarnación resultó para ella la unificación con Dios!, el de la Cruz llevó a la cumbre su maternidad divina hasta el último extremo de configuración con el Hijo. Y llevó a la cumbre también su maternidad de gracia, haciéndola Madre verdadera de los hijos de Dios redimidos, hasta el último extremo de fidelidad y amor que le exigía el Padre.

Pues si esto sucedió en María por su coherencia en su comportamiento con la imagen de santidad a que fue creada, encontrando, por su fidelidad, sentido, siempre, a todos los acontecimientos de su vida por más contradictorios que fuesen, también nos sucederá así a nosotras, en nuestra medida, siempre que, como ella, echemos mano de nuestra fe en las dificultades, viviendo su espíritu.

Cuando nos encontremos con sinrazones, incluso con persecuciones, incomprendimientos, contradicciones, silencios y soledades dolorosas, tanto de Dios como de los hombres, busquemos la luz en la Palabra de Dios, como María. Busquémosla, que la encontraremos, y encontraremos con ella el sentido a lo absurdo, a la contradicción, a la incertidumbre. Encontraremos que tiene sentido la persecución, el dolor, el esfuerzo, la renuncia, porque en todo ello, como le sucedió a María, está el plan de Dios: la presencia luminosa de la Cruz, que es nuestra necesaria cooperación a la redención: «Suplo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo» (Col 1,24).

Puede ser que pensemos: ¿no sería mucho más hermoso, más perfecto y más coherente con el espíritu de la nueva creación, que no existiese la contradicción en nuestra vida, ni nada que la contrastase? Sería mucho más hermoso, cierto. Pero eso es una conquista en nuestra vida, que crece y camina hacia esa perfección, en un proceso redentivo o liberador del pecado, más o menos acelerado, según asumamos y vivamos el espíritu y práctica de la redención decretada por el Padre.

Jesús y María así lo hicieron. Ellos eran toda esa perfección y hermosura que hemos dicho, y hubieran podido imponerla, pero, en cambio, los dos se sometieron al «poder de las tinieblas». ¿Para qué? Para redimirnos. Podrían haber orillado este proceso, pero lo asumieron. Y si Ellos, inocentes y santos, asumieron tanta contradicción y sufrimiento por nuestra redención, porque sabían que íbamos a necesitar el Modelo y el Camino abierto que nos alentara en nuestro caminar hacia la conquista de los nuevos cielos y de la nueva tierra renovada por la redención, ¿cómo no hemos de asumirlo? Nos negaríamos a nosotras mismas. Negaríamos la necesidad de redención interna que tenemos; y ¿no vemos que esto sólo lo podremos conseguir mediante la superación del pecado propio, en su raíz, que nos exige todo el ejercicio de virtudes: *fe*, ante lo contradictorio y lo absurdo; *esperanza*, frente a nuestro desaliento, desidia o pereza; *caridad* frente al egoísmo de las criaturas; *paciencia* ante sus injurias; *fortaleza*, en las dificultades; *humildad*, frente a nuestro orgullo y prepotencia; *paz*, ante la persecución; *comprensión*, *dulzura* y *afabilidad*, ante los defectos y limitaciones de los que nos rodean? Todo esto es necesario para desatarnos de la fuerza del pecado y situarnos en la conquista de

la nueva creación. Todo. Porque todo ello es el comportamiento propio de una «vida vuelta de plano hacia el Padre», hacia su voluntad y su amor, que es como él nos creó y para lo que nos redimió Cristo.

Pensemos, hermanas queridas, que nunca será más probada nuestra fe que la de María. Que nunca se nos exigirá mayor renuncia a gustos y consuelos que los que se exigieron a María. Que nunca serán mayores nuestras privaciones y amarguras que las que pasó ella. Y que nunca habrá más contradicción en nuestra vida que la que hubo en María. Y en medio de todo esto, pensemos, hermanas, que *ésta* es nuestra «casa», en la que tenemos que vivir para llegar a la plena posesión del Amado. Ésta es la coherencia más clara de nuestro «ser» concepcionista, de nuestro vivir como María Inmaculada, como su alma bendita, como su espíritu, liberado del pecado, y por ello inclinado siempre hacia su Dios.

Por aquí va nuestra vocación y el sentido que el Espíritu Santo da a esas palabras que pone en labios de la Esposa santa y también en los nuestros: «hasta que lo haya introducido en la casa de mi madre». Pues no otra cosa quiere decirnos este amoroso Espíritu, sino que es él quien mueve nuestra alma a este deseo, porque sabe que conseguido, es decir, conseguidas en nuestra alma las disposiciones de María, imitándola en lo que esté a nuestro alcance, hemos conseguido hacer nuestro al Amado, efectuar la unión deseada con la divinidad, meta o fin de la nueva creación, y, por lo mismo, de nuestra espiritualidad y vocación concepcionista.

Perfecta cristiana

Y llegamos, hermanas queridas, a contemplar a María como la primera *Cristiana*. Si en lo que hemos reflexionado hemos destacado en ella el comportamiento propio de una «vida vuelta hacia el Padre» como exigencia de su creación llena de Dios, ahora lo haremos desde su relación con el Redentor, con Cristo, que logró en ella la más perfecta Cristiana.

¡Oh, cuánta devoción debe poner en nuestra alma la contemplación del proceso de cristificación de nuestra Madre, y cuán vivos deseos de imitarla! Sabemos que comenzó en ella este proceso desde el instante mismo de su Concepción Inmaculada. Este misterio de santidad original fue el misterio de su inserción en Cristo, que fue como el bautismo para nosotras. Pero mucho más perfecto, claro está. A nosotras se nos perdona o borra el pecado original, a ella se le preserva de él.

Y desde este instante mismo de su Concepción purísima, María, la Cristiana redimida por preservación mediante la redención de Cristo, comenzó un proceso de transformación en Él, que protagonizó cuando pudo seguir de cerca los pasos y el espíritu redentor de su Hijo. Aunque son pocos los hechos que nos menciona el Evangelio, según vimos antes, pero como todos van en la línea de crucifixión del corazón, por ellos vemos la línea de exigencia con que Dios llevaba su alma hacia la conformación vital en la vida y Obra del Hijo Redentor. La fidelidad con que siguió a su Hijo en medio de tantos heroísmos como se le exigieron, nos constatan el alto nivel en que se movía su espíritu alcanzando al de su Hijo. Los hechos nos manifiestan, repito, que María no nació para gozar, como tampoco Cristo. Y que le costó mucho esfuerzo llegar a ser una perfecta Cristiana, con todo lo que esto significa.

Aunque volvamos un poco sobre lo que ya hemos reflexionado, nos conviene hacerlo para que aprendamos de ella a ser verdaderas cristianas. Recordemos ahora, por ejemplo, las penalidades que pasó en su viaje a Belén antes del Nacimiento del Hijo y en su Nacimiento. Solemos decir que Dios siempre sorprende. ¿No os parece que hubiera sido mucho más amable para ella que el Hijo que latía en sus entrañas con los mismos latidos de su corazón, le hubiese revelado la voluntad del Padre de que él había de nacer en Belén, y no del modo como le sorprendió el viaje? Sí, pudo hacerlo, claro está, pero no coincidía ese modo de actuar con el de Dios. No. Dios no tiende nunca a

vaciarnos de méritos o quitarnos la ocasión de merecer. Porque Dios sabe que nuestra peregrinación sobre la tierra es para esto, para vivir la fe, la esperanza y el amor en ejercicio constante.

Haber anunciado a María de modo sobrenatural su voluntad de que hiciese el viaje a Belén porque allí debía nacer el Mesías según anunciaban las Escrituras, hubiese sido, como os digo, lo más amable y fácil, pero sin mérito. ¿Cómo iba ella a vivir así el espíritu de la redención que animaba el Ser de su Hijo? ¿Crecería en él así? No. Pues ¿qué motivo le iba a dar en esta ocasión para que viviera su ser de cristiana? El que le dio. La orden o edicto de César Augusto mandando empadronarse a todo el mundo (Lc 2,1-7). Así de sencillo y natural.

Y recibir esa orden con paz, acogiendo a Dios en ella, fue la respuesta adecuada de María, de una vida conformada con la de Dios. Y aunque hiriera su sensibilidad maternal, María asumió esta contrariedad con fe, con esa fe suya operativa que, al recibir a Dios en lo ordenado, estrechó más y más su unión con él, su cristificación. ¡Esto es para nuestra enseñanza, hermanas! Y así, de este modo normal, Dios cumplió las Escrituras y su Hijo nació donde estaba vaticinado. ¿No os parece, hermanas, que la historia de la salvación se llevó a cabo a medida que María respondía a la gracia?, ¿en la medida que María la elaboraba en su corazón por el ejercicio de la fe y el amor que se le exigió? ¡Cuánto le debemos!, sí, hermanas. Pero también, ¡qué profunda enseñanza para nosotras, que perdemos tantas ocasiones de cooperar con la gracia en la historia de la salvación de tantos hermanos nuestros! ¡Qué responsabilidad, y cuántos bienes dejamos perder por ello!

Porque aquella Noche del Nacimiento del Hijo, después de pasadas las molestias de aquel largo camino y las angustias de no encontrar posada, el Dios de la paz consoló a María y a José de modo inefable... con aquellos cánticos de paz, con aquella multitud de ángeles que celebraban la salvación del hombre, que el mismo hombre pudo escuchar: «Dejad de temer, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo. Os ha nacido un salvador, que es Cristo Señor...» (Lc 2,8-20).

Aquella Noche, hecha con luz del cielo más clara que el día, quedó grabada en el alma de María y en su corazón para siempre. ¡Aprendió tanto! ¡La cueva... el pesebre... el silencio... la paz de los ángeles... la pobreza más sobrecogedora... su Hijo... tan débil y pequeño, que lo era también de Dios! ¡Todo! ¡Qué misterio! Y todo profetizado... querido por Dios... revelado siglos antes... Y así, mirando al Hijo, sintonizando con él, comenzó a entender. ¿Qué necesidad iba a tener de los bienes de la tierra el que desborda los del cielo? Y entendía María perfectamente, por propia experiencia, que los bienes de la tierra embarazan a los del cielo. Entendía, muy claro, que en Nazaret no se hubiera podido celebrar tan perfectamente el Nacimiento de su Hijo como en Belén... Y todo esto lo guardaba en su corazón para meditarlo y... vivirlo. ¡Qué enseñanza para nosotras!

Sí, hermanas queridas. Porque Dios se desenvuelve mejor sin nada. Él aparece más nítido, más claro, en el despojo de todo. El nuevo Adán, que nos trae la gracia, se nos presenta así despojado de todo. Estrena la vida humana sin pegársele nada, limpio, puro, sólo con su cuerpo y su gracia, y unos leves pañales... Y así entendió María esta gracia. Entendió que *ésta era su gracia*. Viendo a su Hijo despojado del deseo de *ser*, de *tener*, de *poder*, como nuevo Adán que venía a borrar el pecado ambicioso del primer Adán, le estaba enseñando a ser la nueva Eva.

Y vio más claramente cómo el afán del primer Adán de «ser como dioses» moría en el vagido débil y dulce de su Niñito recién nacido que necesitaba de todo, hasta de que ella le acercase el pecho para alimentarle y poder vivir. Veía que nuestro afán humano de «tener», consecuencia de querer ser lo que no es el hombre y para lo que no hemos nacido, recibía muerte en su Hijo con su despojo interno y externo. Sí, hermanas, Dios quiso que tanto el Hijo como la Madre necesitasen la ayuda de los demás en esa ocasión, lo mismo que el humilde y justo José, el cual participó tan de cerca este misterio de salvación.

La divina Providencia veló sobre ellos y les procuró lo necesario, pero desde el despojo, es decir, desde la propiedad de otros, saboreando la situación de los pobres, la gracia de «recibir» de

otros, la gracia de sentirse desapropiados aun de lo poquito que podían tener en Nazaret. Así lo quiso Dios en aquella Noche misteriosa en la que desbordó su amor y grandeza. Aquella Noche tan empapada de Dios.

Y así, desde este despojo radical de los bienes materiales, María contempló en el Hijo su dependencia absoluta del Padre, el vaciamiento también de su voluntad. Le veía hecho obediente, sin propia voluntad. Como su misma boca nos lo había anunciado en el libro de los salmos: «Sacrificio y ofrenda no querías, mas me abriste el oído, no pedías holocausto ni víctima por el pecado, dije entonces: “Aquí estoy —como está escrito en mi libro— para hacer tu voluntad”» (Sal 39,7-8). Así le veía, sometido a la voluntad divina y a la humana, dependiendo, repito, de los demás, que se podría convertir en los amorosos brazos maternos o en la fría dureza del pesebre.

Todos estos misterios profundos, y muchos más que no alcanzamos a entender nosotras, vivió y observó María aquella Noche y guardó en su corazón maternal. Si antes del nacimiento del Hijo, como vimos anteriormente, había sido su imagen adorable impresa en su alma la fuerza de su obrar, ahora empezaba ya a ver con sus ojos el modo de ser de su Hijo, que manifestaba con sus obras y comportamiento.

¡Oh, cómo entendía, hermanas queridas, y cómo quiere que lo entendamos nosotras, sus hijas concepcionistas, que la creación es inferior al Creador, y que donde está el Todo, no es menester que esté presente lo que es nada: la materialidad de las cosas! Y que, por tanto, hemos de usarlas sin apego. ¡Que siempre nos quede el corazón libre, pues éste ha sido creado para Dios! Libre para amar a Dios con todas las fuerzas. ¡Que las cosas no nos impidan la sintonía y el amor con nuestro Dios!

Unida así la vida de María a la de su Hijo, comienzan los dos a dar plenitud a la ley y antigua alianza. Ésta se había pactado con una llamada a la santidad y a andar en la presencia de Dios (Gén 17,1-2; Dt 5,1-33; Éx 24,18) como lo había vivido María. Ahora, el nuevo Adán lleva la Alianza a su plenitud sometiéndose a ella.

Y el primer rito que observan es el de la circuncisión a los ocho días de nacer. Podía haber evitado este rito quien era su Autor, además de que venía a implantar el de la nueva alianza o nueva creación: el bautismo, pero no. Lo asumió sometiéndose a él para llevarlo a su plenitud, a su cima, y a su punto final. Y esto lo hizo en compañía o con la cooperación de la nueva Eva.

Y María seguía observando con su corazón contemplativo, e iba entendiendo el misterio de su Hijo, su obediencia y sacrificio, sin estridencias. «Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21), le había dicho el ángel a san José. Y así, con su vida ofrecida al Padre, sometido a todo lo ordenado, iba redimiendo lo perdido. Eran lecciones que iba aprendiendo. Más tarde entendería que todo cuanto había vivido con el Hijo que le resultaba nuevo, era porque estaba pasando de la antigua a la nueva alianza. La antigua alianza contaba como bendición divina los bienes abundantes, los largos años, el bienestar... y ella en cambio, en su Hijo, observaba lo contrario: carencia de bienes, sacrificio, obediencia, penuria.

Y vemos que en la Presentación del Hijo en el templo se repiten las mismas bendiciones. El Espíritu Santo se dirige a ella por medio del anciano Simeón y le dice: «He aquí que este niño está destinado para ser caída y resurgimiento de muchos en Israel; será signo de contradicción y una espada atravesará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,34-35). Le costó ser cristiana a María, ¿verdad, hermanas? ¡Oh, cómo entendió María que serlo supondría para ella vivir crucificada! Y lo aceptó, y lo vivió plenamente. ¿Qué decimos nosotras cuando sentimos la contradicción? ¿La imitamos? Si no la imitamos, ¿es eso ser hijas de ella?, ¿es eso hacer de su alma y espíritu nuestra «casa»?

Me detengo en esto, hermanas queridas, porque, aún después de tantos siglos de cristianismo, aún nos cuesta entrar en el espíritu redentor de la nueva creación. Nos sentimos más inclinadas a seguir el Antiguo Testamento, el de las bendiciones materiales y bienestar. Lo mismo que os hacía observar en el capítulo de la «Consagración» sobre las vocaciones. Sobre el modo de responder a la

«llamada» divina. Decía allí que preferimos aún la transigencia del Antiguo Testamento más que la radicalidad del Nuevo. Y esto es porque nos cuesta «entrar por la puerta estrecha» (Mt 7,13-14), nos cuesta «hacernos violencia» (Mt 11,12).

A tal extremo se lleva esto que se llega a decir, como dijimos en el capítulo de la clausura, que la renuncia, la inmolación y el despojo de gustos sensibles, si nos cuestan asumirlos es porque Dios no nos da su gracia para realizarlos. Es decir, que no los quiere. Sólo quiere lo que no nos cueste. Entonces, ¿qué hicieron Jesús y María?, ¿qué hacemos del Evangelio?

Miremos cómo le costó a María cambiar del Antiguo al Nuevo Testamento. Ella notaba, a medida que vivía con Jesús, este cambio. Notaba a lo largo de su vida que con su Hijo había nacido una nueva forma de vida más comprometida. Ella había dado a luz al «Hijo del Altísimo», sí, pero en actitud de redentor, que tanto la comprometió, pues tuvo que dejar las formas y la mentalidad en la que había sido criada y educada que hablaban de bienestar como bendición de Dios, repito, para asumir la etapa de la nueva creación, que presentaba: pobreza, persecuciones, fatigas, privaciones, como dones de Dios para alcanzar la perfección, el espíritu y la práctica del Redentor.

Como dice san Pablo, la ley había sido el pedagogo que nos había llevado hasta Cristo, pero era él, Cristo, la norma y modelo para todo hombre salvado, como había predicho el anciano Simeón: «salvación para todos los pueblos y luz para las naciones» (Lc 2,30-32). Y María llevó siempre en su alma esta predicción y dio el paso con firmeza hacia lo nuevo, hacia lo más costoso, aunque hiriera su sensibilidad, aunque le costase. Así fue fiel a su Hijo y al hecho de ser su seguidora. Es decir, cristiana.

Miremos, pues, a María, hermanas; imitémosla, que para esto somos concepcionistas. Miremos cuánto le costó ser nuestra Madre, Madre de los vivientes o creyentes en Cristo. Sí, hermanas, no es papel mojado, no. ¡Oh, cuánto le costó a nuestra Madre recuperar lo que la inconsciencia de Eva perdió! ¿Para qué, si no, nos dieron ejemplo el nuevo Adán y la nueva Eva sino para que siguiéramos sus pasos en esta nueva forma de existencia que Ellos iniciaron, que es la de la nueva creación o cristianismo, donde no existen la propia ambición sino la donación, no el gusto, sino la renuncia, no lo cómodo, sino el esfuerzo?

¿Es que creemos que esa vida sólo fue para Ellos, para redimirnos, y que como estamos redimidas ya está todo hecho? No, hermanas mías, estamos, sí, redimidas por la Pasión y Muerte del Hijo, pero no lo estamos si no penetramos en esa redención viviéndola. No nos contentemos sólo con salvarnos, hermanas queridas, no. Dios nos ha «escogido» para que llevemos nuestro ser a la perfección dentro de esta espiritualidad nuestra tan comprometida. Ésta es nuestra tarea como concepcionistas, porque en ello va la salvación de muchos hermanos nuestros.

Sigamos a María. Y sigamos también contemplando su vida. Mirad cómo su Hijo la privó también de algunos consuelos que le podría haber dado como Hijo. No fueron sentimentales las relaciones de Madre e Hijo. No. Dios apuntaba mucho más alto en esta nueva era de la salvación. Si María fue Madre, lo fue de un Hijo que era Redentor. No terminaba, pues, su misión, en ser Madre física del Hijo de Dios, sino en ser, como nueva Eva, Madre de los redimidos. Ya lo vimos. Y así la trató su Hijo, quitando las sensiblerías que sobraban en su misión corredentora. Así nos lo manifiesta Jesús en cuantas veces se dirige a ella en el Evangelio. «Mujer» le llama en las bodas de Caná y al pie de la Cruz.

En esta hora suprema de la Cruz en la que el Hijo dejó colgada su vida por nuestra redención y en la que vio la fidelidad de María aguantando con tanto amor el bochorno de ser Madre del Crucificado y los insultos que recibía por acompañarle, Jesús le llama «Mujer», no Madre, para entregarle el fruto de su obediencia: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26), le dijo, que fue decirle, ahí tienes a la humanidad redimida. Y María, con el alma crucificada de dolor, nos recibió, nos acogió y nos amó. Nos dio a luz con dolor, vuelvo a decir. El castigo que cayó sobre la primera Eva

por el pecado lo asumió María, nueva Eva, por nuestra salvación. Ella era la «Mujer» bíblica de Gén 3,15, y como tal vivió y sufrió.

Los dos, Jesús y María, repararon así la desobediencia de Adán y Eva. Jesús, con su obediencia hasta la inmolación total de su cuerpo y de su espíritu; María, con la de su espíritu y corazón. ¡Mirad qué cambio! En el paraíso, Eva dio a Adán el fruto de su ambición y desobediencia, el cual lo cogió, comió de él, es decir, lo asumió, y la humanidad murió a la vida divina. Aquí en este otro árbol, en el de la Cruz, es el nuevo Adán quien ofrece a la nueva Eva el fruto de su despojo y obediencia, que es la humanidad redimida, a la que acoge María en su corazón cristificado y crucificado. ¿A quién os parece, hermanas, que debemos seguir?

Pero, ¿por qué tanto sufrimiento en Hijo y Madre?, nos preguntamos de nuevo. ¿Por qué? Y la vida de Cristo y de María nos responden: ¡porque es donde reside el amor! Y si no, veamos. ¿Nos habríamos creído el amor que Dios nos tiene si Cristo hubiera nacido, vivido y muerto en el confort? Es cierto que ni aun ahora creemos en el amor que Dios nos tiene, porque si creyésemos cambiaría nuestra vida, pero si no creemos es porque no ahondamos en el misterio redentor de Cristo. No penetramos en su redención. La culpa es nuestra. Pero ejemplo nos dieron Jesús y María para que aprendamos cómo se vive el amor.

Si nosotras ahora evitamos lo que fatiga, molesta y mortifica nuestro cuerpo, ¿les estamos siguiendo?, ¿estamos amando como ellos?, ¿es eso amor? amor cristiano, digo.

Hermanas, el Padre nos creó con la misma vocación que María, para ser conformes a la imagen de su Hijo (Rom 8,29). Del Hijo que nació en una cueva de animales y murió desnudo en una Cruz. Del mismo Hijo que tiene ahora glorioso a su derecha, sí, pero que tiene las marcas de su crucifixión. Sí, así, hermanas. De este modo nos quiere recibir el Padre en el cielo, con las señales de la obediencia, de la esforzada oración, del ayuno, del cansancio, del sufrimiento de su Hijo, para ser, en verdad, conformes a él, conformes a como está en el cielo. Luego, estas marcas se nos volverán gloriosas como las suyas. Pero así hemos de ir al Padre.

En toda la vida de María, todo se hizo según el plan amoroso de salvación determinado por el Padre. Todo, dolor, inmolación y salvación, todo estaba previsto por el que aun los cabellos de nuestra cabeza tiene contados (Mt 10,30). María lo entendió, y, cuando se ausentó su Hijo después de la Ascensión, María continuó dedicando su vida, en sacrificio, en oblación y en oración, por nosotros, los redimidos. Asistiendo así a la formación y crecimiento de la Iglesia de su Hijo.

Receptáculo del Espíritu Santo

Hemos llegado, por fin, a la tercera etapa de la Virgen. Ya dije que íbamos a contemplarla en las tres etapas que corresponden más de lleno a cada una de las tres Personas divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, aunque en las tres tomen parte toda la adorable Trinidad, pues cooperar con una Persona es cooperar con las Tres. Pero ahora vamos a hacerlo en lo que se relaciona a la santificación de los redimidos, que siempre es atribuida a la acción del Espíritu Santo.

En la primera etapa, hermanas queridas, hemos visto a María cooperando con el Padre en la realización de la gracia de su creación. Ha informado esta etapa el cumplimiento de la revelación del Génesis (Gén 3,15). María, nueva Eva, libre del pecado y respondiendo plenamente a Dios como correspondía a una «vida vuelta totalmente hacia el Padre» como *exigencia de la nueva creación*, una vida virginal dada a Dios como «Esclava suya».

La hemos visto encendida en amor a Yahvé, entregándose entera a él para responder a la obligación que tenía su pueblo contraída con su Dios. Entregada a vivir de lleno la gracia de su creación, que reverberaba a Dios, que la impulsaba hacia Dios. La hemos visto endiosada, transverberada de Dios, henchida de él. Experimentando y viviendo en su ser el don de la creación en su plenitud. Sólo ella ha experimentado cómo nos ha creado Dios, sin pecado, con la vida de Dios

en nuestro ser como fuente, de donde habían de brotar a borbotones la santidad, la paz y la armonía, la felicidad.

Todo esto que perdimos por el pecado, María lo conservó íntegro, y lo acrecentó decididamente hasta irradiar en toda su conducta la imagen de la santidad y la armonía, que era Dios, el Verbo de Dios. Sí, hermanas, porque como hemos reflexionado otras veces, todo lo creado tenía y tiene su explicación en el Hijo, en esa imagen idolatrada del Hijo que el Padre llevaba en sus entrañas o Ser divino, y que, en oleadas de amor, él quiso reflejar en el hombre, creado para expandir así su Ser, su Santidad, su amor en toda la creación. Esto fue lo que estropeó el pecado original, y fue, por gracia única de Dios, lo que conservó, acrecentó y reflejó María con su ser y conducta.

¿Y, con qué medios, vivió María su oblación a Dios que acrecentó gigantescamente su santidad? Con los que Dios puso en sus manos, hermanas, con la oración y el trabajo, obedeciendo y ayudando en las faenas de casa, hilando, cosiendo, lavando, yendo por agua a la fuente, sin quejas, callando con dulzura quizá ante palabras incoherentes, aguantando molestias de otros sin irritación, sino ayudando. Siendo la alegría de sus padres, la edificación de todos; orando mucho, estudiando con afán las Sagradas Escrituras, siendo silenciosa pero alegre, haciendo bien lo que se le encomendaba, aprovechando la ocasión de hacer el bien a quien lo necesitaba. No otras cosas, sino éstas y otras por el estilo, sencillas y sin brillo. Porque para Dios lo que cuenta no es lo que se hace, sino cómo se hace. Y si las he enumerado es para que caigamos en la cuenta de ello.

Para que entendamos que lo que importa a Dios es la intención y afecto del corazón. Y que, en todo caso, Dios prefiere lo más humilde, porque ahí puede ir con más seguridad más puro el amor. Lo que importa es la orientación que damos a lo que hacemos, el amor a Dios que en ello ponemos y el deseo de agradarle sólo a él. Esto es lo que sostiene y consigue grandes santidades, como la de María. ¿Más claro, hermanas?

Porque si buscamos los trabajos honrosos, fácilmente nos buscamos en ellos y sostenemos en ellos nuestro propio amor, no el de Dios, nuestra propia alabanza, no la santidad, que es la que le glorifica a él. Por ello, hermanas, esforcémonos en amar y buscar y practicar lo que agrada a Dios, no lo que nos enaltece a nosotras. Es lento el entrenamiento, pero honroso en verdad para el espíritu. Tratemos de vivir para Dios, como María, de ser receptoras del Espíritu Santo, y de entenderle, mirando las cosas y valorándolas como él las valora. Miremos que Dios tiene ojos de eternidad, y nosotras muy de tierra, y hemos de cambiarlos para agradarle, para dejarnos amar por él, como se dejó María.

¡Oh, hermanas!, nunca podremos entender cómo amó el Espíritu Santo a María. ¡Oh!, ¿quién podrá entrar en la mente del Señor si él no nos la revela? Pero, por dicha nuestra, algo sí nos ha dicho sobre ello. Miremos su mente divina en Gén 3,15 que tanto estamos mencionando. Allí vemos un poco cómo la amó. Es su única, su Dilecta. La invadió con su Santidad desde el primer momento de su existencia y la insertó en la historia de la salvación de modo único, como hemos reflexionado ya. María sería la Madre del Hijo de Dios. ¡Oh, qué amor tan profundo y exclusivo nos revela este hecho de *compartir* con María *la generación del Único Hijo* de Dios, Cristo Jesús, el Verbo divino! Porque «María concibió por obra del Espíritu Santo» (Credo).

No puede darse, hermanas queridas, relación más estrecha con la divinidad y, por lo mismo, de mayor amor, que la de que una pura criatura complementa el ser divino del Verbo dándole su humanidad, dejándole así hecho perfecto Dios y Hombre. Diríamos, perfecto Hombre en su Ser divino, todo por obra del Espíritu. Amada de Dios, sin interrupción, en amistad con la divinidad y en relaciones íntimas, familiares, María fue la joya más preciosa de la creación, por su santidad, pureza y amor, por su fidelidad al Espíritu divino.

María en esta ocasión tuvo que quedar como trascendida por el Espíritu Santo, encendida, llena de él, pues sólo el Espíritu Santo fue quien únicamente pudo convertirla dignamente en «engendradora de Dios». Esta *relación* tan *personal* e íntima escapa a la percepción de nuestra pobre

mente humana. Aquí, hermanas, tenemos que adorar y asombrarnos de la santidad de esta «casa» nuestra que es María nuestra Madre. Asombrarnos y tratar de imitarla en su fidelidad al Espíritu. ¿Sabemos lo que esto puede significar para el bien del Cuerpo de la Iglesia?

En este episodio de la Encarnación se nos revelan también las relaciones tan íntimas de amistad, y cómo el Espíritu de Amor se recreaba en la fidelidad de María y en su amor. Podría Dios haber comenzado por lo último a comunicarle el misterio de la Encarnación, es decir, que concebiría por obra del Espíritu Santo. Pero no, quiso gozarse en ver cómo María prefería ser toda y sola de Dios. Y lo constató deliciosamente viendo la fidelidad de su amada. Innumerables veces le había dicho María que era suya, gozosamente suya. Y aquí se lo demostró.

Pero sigamos contemplando a María, que en su fidelidad al Espíritu podemos ver la respuesta y sus frutos. El Ángel le había dicho que «el poder del Altísimo le cubriría con su sombra». Y así fue, que la sombra que cubría el Arca de la antigua Alianza fue figura de lo que aconteció en el seno virginal de María. En el Antiguo Testamento, cuando Dios quería hablar bajaba en la nube que cubría el Arca y hablaba a su Pueblo, ahora, en nuestra Madre esa Sombra del Espíritu ha cubierto el Arca nueva para hablarnos desde ella en esta nueva Alianza. Sí, hermanas, por su fidelidad al Espíritu, María nos acerca, nos estrecha con Dios, y ella hace que Dios nos mire con más amor. Así lo ha querido él. Escuchemos: «Porque en mi santo monte, en el excelso monte de Israel, dice Yahvé, me servirá todo el pueblo de Yahvé, cuantos vivan en el país; allí aceptaré gustosamente y solicitaré vuestras ofrendas, las primicias de vuestros dones, todo cuanto queráis ofrecerme» (Ez 20,40). María es este Monte Santo, ya lo sabéis.

¿Veis, hermanas? Nosotras disfrutamos ahora el fruto de la fidelidad de María al Espíritu Santo. ¡Por favor, hermanas, no dejemos pasar estas lecciones de María nuestra Madre como si no tuvieran importancia! Miremos que nuestra responsabilidad es grande. Si nos abrimos a la acción del Espíritu, si le aceptamos con paz en esos acontecimientos que nos desconciertan, con paz, por muy contrarios que sean a nuestros gustos y criterios, el mismo Espíritu Santo nos hará «habitación» de Dios, según vimos en capítulos anteriores, y el bien para nosotras y para la Iglesia será enorme. Todo depende de nosotras, de que queramos o no hacer del alma de María y de su santidad nuestro modo de ser, de actuar, de corresponder a la gracia, de vivir la vida interior, la oración, el amor fraterno, de ser vidas colgadas de Dios, vueltas hacia él, en búsqueda constante de su rostro, no de nuestros gustos y caprichos. María nos lo facilitó con su fidelidad, ahora falta que lo aceptemos, que la queramos a ella, en definitiva, y que vivamos su ser maternal, sus virtudes, que son las que nos llevarán a la plena posesión del Amado que deseamos y a la que tiende nuestra vocación. Si no lo alcanzamos, la culpa será nuestra, sin duda, y nos quedaremos vacías... estériles... insatisfechas... frustradas... ¿Queremos esto?, en nuestras manos está.

Pero sigamos los pasos de María en esta etapa del Espíritu para ella, y veamos cómo el Espíritu Santo la impulsa al amor. Dice el texto evangélico que María... «se puso en camino y fue de prisa a la montaña...» (Lc 1,39). El Espíritu Santo es fuego de amor y bondad y así impulsa... con fuerza, al amor, al servicio a los demás. En esta ocasión, María fue a ponerse al servicio de su prima santa Isabel. Y ya vemos, hermanas, que por esta disposición y fidelidad de nuestra Madre al Espíritu que la impulsó al trabajo, al servicio de su prima, el Espíritu Santo santificó al pequeño Juan.

El texto evangélico dice que «*María, por su parte, se puso en camino y fue de prisa*» a casa de su prima a servirla. Y por lo que sucedió, podemos añadir nosotras, y el *Espíritu Santo, por su parte* y por la fidelidad de María, *santificó al niño Juan*. Lo cuenta así el Evangelio: «Cuando Isabel oyó el saludo de María quedó llena del Espíritu Santo» (Lc 1,41). ¡Qué profundidad la de este misterio!, acaba María de concebir al Verbo divino y en él a todos los creyentes en Cristo, y ya comienza a desbordarse su maternidad en oleadas de santidad alcanzando al pequeño Juan y a su madre, el cual quedó santificado bajo la acción del Espíritu Santo.

María cantará enseguida, glorificando al Señor, que «su Nombre es santo» (Lc 1,49), y este deseo de santificar el Nombre de Yahvé que ella tenía tan metido en sus entrañas comienza a comunicarlo, por su fidelidad al Espíritu. El Espíritu Santo, por su parte, se desborda también en alabanzas hacia ella por boca de su prima Isabel: «¿Y cómo es que la madre de mi Señor viene a mí?» (Lc 1,43). Así es Dios. Y le hace cantar a ella misma las maravillas que ha hecho en ella, su Predilecta, su Elegida. Dios es así, repito. Y cuando ve fidelidad en nuestro corazón hacia él, es capaz, como nos dice en el Evangelio, de «ceñirse y servirnos» (Lc 12,37).

Sí, hermanas, María, como nuevo Paraíso que era, absorbió en su tierra virginal, pura, sin pecado, que era su corazón, el Espíritu de Dios, todo el torrente divino del amor de su Dios, haciendo sus delicias, y por eso Dios se complació plenamente en ella. En ella respiró el Padre los aires puros del nuevo Paraíso que le deleitaron, porque respiró al Espíritu Santo, Espíritu de Amor del que estaba invadida María. Es grandioso pero así es. El Padre aspiraba en María el mismo Espíritu Santo que en su Hijo, porque no había otra cosa en ella más que el Espíritu Santo, el Espíritu de Amor y Santidad, repito, que la invadía en su totalidad, porque Dios quiso, por pura gracia, no por naturaleza.

Nunca podremos entender en esta vida la sublimidad de la santidad de María, porque nunca podremos saber qué es estar sin pecado. Qué es estar llena de gracia. Llena del Espíritu Santo. Nadie de los humanos tenemos esta experiencia. Lo más que podemos tener es la del perdón, cuando, después de haber hecho una sincera confesión, nos sentimos inundadas por la gracia santificante del Espíritu y por el perdón y amor de Dios. Si el Sacramento ha sido perfectamente recibido, podemos sentir a fondo qué es la gracia divina, que parece que nos reclama a vivir en contacto constante con el dulce Huésped del alma o en el cielo, donde no hay pecado. Y no quisiéramos vivir en esta carne nuestra de pecado que nos llevará de nuevo a él. Si esto puede ocurrirnos a nosotras, pecadoras, ¿qué influjo y atracción hacia Dios —Santidad— no sentiría María, la sin pecado, la «llena de gracia», la que había nacido para hacer las delicias de Dios, para las más íntimas relaciones con él? ¡Inefable! No es extraño que ella estuviese en constante contemplación con el Dios que la estrechaba también desde su corporeidad porque la convertía en ascua viva de amor. Sí, hermanas, María fue toda ella en cuerpo y alma ascua viva y transparente de puro amor de Dios. Su fuego divino la penetró y deificó.

Así, tan fuertemente se sintió María amada por Dios. Y a estrechar este amor y amistad inefables dedicó María toda su vida. Ella nos puede enseñar que Dios es ternura inmensa, fuego de amor, fidelidad sin fin, mar de delicias, «porque su amor no tiene fin», como canta el salmo 135. ¡Cuántas veces lo cantaría ella! Tratemos de imitarla, hermanas.

También cuando fue hecha Madre del Redentor el Espíritu divino movió el amor de María hacia su Hijo. Él presidía la entrega de su ser entero a la Obra de su Hijo. El divino Espíritu la hizo cooperadora del Redentor, como nueva Eva. Y le hizo asumir el nuevo estilo de vida y la espiritualidad de la nueva creación que brotaba de la misma persona de Jesús.

¡Oh!, cuán amorosamente el Espíritu le hizo vivir la gestación del Hijo. Encerrado en su seno inmaculado el Verbo de Dios, el Amor le hizo custodiar en él todo el decreto o plan de salvación, ¡con cuántos actos de amor y con cuántos sufrimientos fue el Espíritu operando en ella la gestación del ser divino y humano del Verbo de la Vida, y su propia maternidad universal! Los sufrimientos ante las dudas de san José, y las penalidades del camino hacia Belén y otros muchos que silencia el Evangelio, fueron los instrumentos que consumaron su maternidad divina y santificadora de la humanidad. Y así dio a luz al Salvador, Estrella de la mañana, Primer día de la nueva creación, el cual cambió el modo de ser de su Madre.

Así fue, hermanas. Desde el nacimiento de su Hijo, en el que el Espíritu Santo le dio a conocer otro ser de Dios distinto, el alma de María comenzó a ser invadida por la experiencia mística y conocimiento de esta segunda persona de la Santísima Trinidad, de forma nueva. Ella sabía que su Hijo era de Dios, «del Espíritu Santo»; sabía que era divino no sólo por el modo de su concepción y

por lo que le había dicho el ángel, sino directamente, por el modo como él se dejaba experimentar en su alma. El mismo Espíritu Santo que había engendrado en ella al Hijo de Dios, le estaba revelando o enseñando un nuevo amor en Dios. Le estaba haciendo experimentar cómo amaba Dios Hijo, cómo era Dios Hijo.

Esta experiencia mística, que rendía todo su ser a su servicio y amor, es la que daba forma nueva a su alma, como hemos dicho, la que convenía a la misión que tenía que desarrollar con él. Sí, hermanas. Ya lo hemos visto, fue su Hijo quien la enseñó a ser Madre de la nueva humanidad y a tener alma y corazón de Corredentora. Participando su vida, su amor y sus sufrimientos aprendió a amarnos, a acogernos, a redimirnos con él. ¡Oh, cuán esforzado cambio!

Y desde aquí, desde esta experiencia de Dios Hijo, pues no creo que nadie pueda negársela, comenzó María su itinerario de discípula fiel. Sí. Por la fidelidad y por el amor, después de Cristo, María fue la más perfecta consumación en unidad de la carne humana con la divinidad. Por ello, como Madre nuestra que es, los que nacimos de ella hemos de tomar buena cuenta de nuestras raíces para vivir conforme a ellas. Si María nos engendró a la vida desde su fidelidad a la gracia redentora del Hijo que le pidió heroísmos, éstos han de ser nuestros pasos para corresponder a tanto amor y santidad.

No es que vayamos a alcanzar el nivel de santidad que Ellos, no. Pero sí es para que, por todo lo dicho hasta aquí, pensemos que no hemos nacido para dejarnos llevar de la carne y de la sangre, sino para atender esta vida espiritual y dejar que el Espíritu la desarrolle en nosotras cooperando con su gracia, aunque nos pida, como a María, heroísmos.

Y pensemos que ha de llegar para nosotras la hora de la madurez espiritual, la hora de dar el estirón, la hora del cambio, de pasar de la edad primera a la edad adulta en la vida del espíritu. ¿Que ha de costarnos? ¡Claro que sí! Pero tomémoslo muy a pecho, hermanas, y, aunque nos cueste, sigamos adelante con María hasta la cima del Monte de la Concepción. Digámosle: ¡Oh, María, que, prestándote a no ser nada ni nadie, eres todo lo que es tu Hijo, menos Dios, pero sí perfecta imagen y semejanza suya; perfecta, hermanas, colaboradora de su obra! ¡Oh, arrástranos tras de ti al olor de tus virtudes, para que te imitemos, Madre querida!

Y por fin, entramos a contemplar los últimos años de la Virgen para imitarla, para aprender a vivir en ella como «habitación» nuestra que es. Años en los que más directamente cooperó con el Espíritu Santo secundando la vida contemplativa y de oración a que él la impulsó y que ella vivió con toda la fuerza de su amor y santidad, cooperando con ello al crecimiento, formación y expansión de la Iglesia de su Hijo.

Es, sin duda, que la santidad de María, desde una plenitud de gracia desde el primer instante de su ser, recorrió un proceso místico único, pero real. Ya lo hemos dicho, el Espíritu Santo trabajó y santificó su alma santísima a campo abierto. Ella es la obra maestra de la gracia, la obra cumbre del Espíritu Santificador, como lo fue del Creador y del Redentor, su Hijo, según hemos visto. María fue creada como nadie, fue redimida como nadie y fue santificada como nadie, de modo único y exhaustivo.

El Espíritu Santo la santificó con la máxima perfección y realismo en sus dones y gracias. Lo que los santos reciben en gracias místicas, María lo vivió en una unión real, física, con su Dios. ¡Sublime! María tuvo conciencia de que el proceso de su santificación era al mismo tiempo el proceso de la salvación o redención del hombre. ¡Tan entretrejado veía en Dios ella su proceso santificador en el proceso de la historia de la salvación! ¿Cómo no iba a tener ella esta conciencia si la han tenido los santos, a su vez, en cosas de tan menor importancia como ha sido la misión realizada por ellos, a la cual fueron preparados por Dios?

Sí, hermanas. María sabía que era muy importante para la redención del hombre su fidelidad a la gracia, por eso la vivió tan tenazmente. Desde la Encarnación vive para el Hijo engendrado y para el misterio que encierra: Cabeza de la nueva humanidad. Y desde la Cruz vive ya para esta nueva

humanidad, la nueva creación, que es la Iglesia de su Hijo. Y, ¡cuán fielmente vivió para nosotras, hermanas queridas!

Su santificación había llegado a su plenitud en la unión incluso física con la divinidad que se había operado en la Encarnación. Pero aún le pareció poco. Por experiencia sabía la sublimidad de la santidad de Dios. Doble experiencia, tanto en los contactos con la divinidad que había experimentado, como en la exigencia de santidad que el Hijo le había pedido, por eso, después de la Ascensión de su Hijo, se entrega de lleno a la acción del Espíritu en su alma, como lo había hecho hasta aquí, desde luego, pero ahora desde la vertiente de la oración y para el crecimiento de la Obra de su Hijo, la Iglesia.

Y de hecho, ahí la vemos, hermanas queridas, entregada a la oración con los discípulos de su Hijo en espera del Espíritu Santo (Hch 1,14). Y cuando el Espíritu Santo desciende, mientras los Apóstoles se lanzan al apostolado impulsados por la fuerza del Espíritu, María, que ya tenía experiencia de esta Fuerza divina, y de su misión, supo, con madurez asombrosa, condensarla en su alma santísima para potenciar aún más su vida interior, su contemplación, la eficacia de su oración, para así, calladamente, dar más fecundidad con ella a la predicación apostólica.

Y si los Hechos de los Apóstoles nos narran seguidamente que «los que acogieron su palabra se bautizaron; y se agregaron aquel día unas tres mil almas» (Hech 2,41) ¿no se debería en gran parte a la oración de la Inmaculada Madre de Jesús? Sí, sin duda; influyendo también su poderosa santidad en el estilo de vida tan fervorosa que después inició la primera comunidad cristiana y que nos narra el mismo texto: «Todos los creyentes vivían unidos —dice— y tenían todo en común, vendían las posesiones y haciendas, y las distribuían entre todos, según la necesidad de cada uno. Todos los días, con un solo corazón, frecuentaban asiduamente el templo, partían el pan en las casas, tomaban juntos el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y hallando favor ante todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día los que se salvaban» (Hch 2,44-47).

¡Oh, venturosa comunidad que tan poderoso soporte tuvo en la oración y santidad de María! Sí, hermanas, la oración fue la forma de asistencia a la Iglesia que Cristo confió a la nueva Eva al irse al cielo. Modo eficaz impulsado por el Espíritu Santo, que vivió dentro de María de modo único, y que absorbió toda esta última etapa de la vida de la Virgen.

Modo eficaz que ahora las concepcionistas, como hijas de María, debemos prolongar en la Iglesia para que haya continuidad en ella de la oración de María y de su fecundidad. Es la actitud de oración permanente por los creyentes, de la que María, la nueva Eva, fue la fundadora. María fue la primera contemplativa, confiesa la misma Iglesia. Sí, fundadora de esta fecunda actitud oracional permanente, en la que entra el sacrificio de la propia vida, el crecimiento en santidad, la contemplación que impulsa la acción de la Iglesia. Tan importante es para Dios esta contemplación oracional consagrada en la Iglesia, que para nuestro estímulo nos dio largo ejemplo en María. Sí, hermanas mías, Dios creyó necesario para que la Iglesia verificara su crecimiento prodigioso en santidad y extensión, prolongar la vida contemplativa de María en la tierra, y así lo hizo. Y, por lo mismo, hoy existe la vida contemplativa, pero así, imbuida del Espíritu Santo, bajo su acción santificadora, como María. Sólo así dará fruto esta misteriosa y fecunda fuerza en la Iglesia.

Pero de ello hablaremos en otra ocasión. Este capítulo es para, como dije al principio del mismo, tratar de conocer el alma de María para participarla por la imitación de sus actitudes, por la contemplación y el amor, y así llegar a la plenitud de nuestra vocación: la transformación en el amado o la unión con él, con un alma que se parezca a ella, a nuestra Madre en el misterio de su santidad. Que a ello nos impulsa el Espíritu Santo, vuelvo a repetir, con las palabras que pone en boca de la Esposa santa, que quiere que hagamos nuestras: «Lo abracé y no lo he de soltar hasta que lo haya introducido en la casa de mi madre, en la alcoba de la que me engendró» (Cant 3,4) a la vida de la gracia, repito, como dice la Iglesia (LG 8,53).

Pero antes de terminar este capítulo, muy deficiente, lo reconozco, vamos a decir unas palabras sólo sobre el otro aspecto que encierra nuestra consagración a María: su culto, que se fundamenta en la voluntad de Dios y en la palabra de María. Ella había visto con claridad su futuro o misión en la Iglesia después de la Encarnación del Verbo y, movida por el Espíritu Santo, cantó en el «Magnifican»: «Me felicitarán todas las generaciones» (Lc 1,48).

Esta es la gran misericordia y prueba de amor de Dios hacia nuestra Orden, que hayan sido los mismos labios de María, movidos por el Espíritu Santo, los que nos hayan dicho que cantemos las obras y maravillas que ha hecho Dios en ella: su Concepción inmaculada, su santidad original, su fidelidad a la Palabra de Dios, a la vida y a la Obra de su Hijo, su humildad, su oblación o «vida vuelta hacia el Padre», su correspondencia a la redención, su entrega al Espíritu Santo, todo lo que ella es, y esto lo hagamos como fin de la Orden.

Porque todas ellas fueron las grandes obras que Dios hizo en ella y que viven en nuestra Orden Concepcionista convertidas, primero en vida, y en alabanza y acción de gracias después, según el deseo ferviente de nuestra Fundadora y Madre Santa Beatriz de Silva. Sí, hermanas queridas, para ello existimos, para esto fundó santa Beatriz la Orden. Para prestarle nuestros labios y corazón a María y cantar con ella su alabanza y acción de gracias al Dios tres veces Santo que «miró su humilde condición» (Lc 1,48) de criatura y la hizo su Madre, Santa e Inmaculada.

Así, hermanas, así se ha de convertir en alabanza nuestra vida por haber hecho Dios tan pura, tan limpia el alma y el cuerpo también de María. Por haber puesto el espejo de sus ojos divinos en los de María, en esa pureza de intención que tanto santificó su vida. Por haber trasvasado su ternura creacional a las entrañas maternas de María, que esto es su maternidad espiritual, hecha a fuerza de amor de Dios, de santidad divina, de dolor, por parte de ella, de entrega en silencio, de sacrificio. Sacrificio que supuso el de su Hijo también. Sacrificio completo, viéndole morir, sin poderle dar alivio.

Por todo ello, y a todo ello damos culto al dárselo a María. Sí, hermanas, porque María se siente inundada de Dios, «llena de gracia», deudora en todo su ser de Dios, que ésta es la grandeza mayor de nuestra Madre, que ella es toda de Dios, nada es propio, toda ella es Obra de Dios. Por todo este torrente de divinidad que ella siente en sí y dentro de sí, proclamó: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios, mi salvador» (Lc 1,46-47). Y ésta, esta alabanza y no otra es la que tenemos que perpetuar en nuestra Orden, como fin de la misma, y a través de su culto.

Y terminamos el capítulo, hermanas, con la mayor alabanza que podemos dedicar a la Santísima Virgen, pues que salió de la boca de Dios y contiene todos los misterios que hemos reflexionado en ella:

«Dios te salve, María,
llena eres de gracia,
el Señor es contigo,
bendita tú eres entre todas las mujeres.

Y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús.»
Santa María, Madre de Dios,
Ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte.

Amén.

Que así sea, hermanas queridas, y que el Espíritu Santo nos deifique por intercesión de María para gloria de Dios. Que ella nos conceda la gracia de vivir unidas a ella como «casa» y Madre nuestra, donde el Espíritu Santo pueda consumir la habitación de la adorable Trinidad en nuestra alma. Que ella interceda ante el Padre para que no lleguemos ninguna concepcionista al final de nuestra vida sin haber alcanzado la cima del Monte Santo de la Concepción. Así sea, así sea, hermanas, y que el Espíritu Santo nos haga dignas de esta gracia soberana, por el amor que tiene la misma divina Trinidad a María, nuestra Madre, y que todo se convierta en gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.